

EDITORIAL

Educación de calidad y autoridad

José Luis González-Simancas Lacasa⁽¹⁾

Introducción

Me estoy estrenando en el Consejo Escolar de Navarra, justamente en el momento en hemos estrenado siglo y milenio. Ocasión única para los vocales de este Consejo, al que me honra pertenecer por algún tiempo. Estupenda ocasión para mirar al futuro sin olvidar el pasado y muy atentos al presente, con sus puntos fuertes y sus puntos débiles.

Nuestro Presidente, Guillermo Herrero, a quien tuve le gusto de conocer hace muchos años, me ha invitado amablemente a escribir un artículo Editorial en IDEA ESCOLAR, que trate de alguna cuestión de actualidad en el dilatado mundo de la educación. Intentaré corresponder a su solicitud, escogiendo uno de los estos temas difíciles que afectan a la comunidad escolar actual, y tratando de ver un aspecto que apenas se menciona pero que juzgo crucial: el del ejercicio de la autoridad en educación.

¿Violencia en los centros escolares?

Se dice que estamos lejos todavía de la violencia en las aulas y en los centros de enseñanza que se da, como ejemplo paradigmático, en los Estados Unidos. Pero ya se oye y se lee bastante en la prensa nacional y en los magazines sobre ese hecho, que es, por lo menos, preocupante. En ABC de 19 de diciembre, por ejemplo. Bajo el título de "Educar para la convivencia", Amparo Valcarce, Portavoz de Educación del Grupo Parlamentario Socialista, rompe una lanza por el tema después de referirse a "las cada vez más frecuentes situaciones de violencia en los centros escolares" que, nos dice, ocupan ya la atención tanto del Defensor del Pueblo como del Consejo Escolar del Estado.

Amparo Valcarce no duda en finalizar su columna de esta manera: "La apuesta por la calidad de la educación es el nuevo reto ante el que nos encontramos. Un reto que afecta a la formación integral de la persona, ya que los fines de la educación deben ser tanto la formación intelectual, técnica y profesional, como la formación ética y cívica de la persona". Ahí estamos. Eso es ir al fondo de esta cuestión, según me parece.

Yo me pregunto: ¿no será que las cosas no funcionan tan bien como deseamos por haber olvidado qué significa ejercer la autoridad, como responsables que somos del buen funcionamiento de los procesos de enseñanza-aprendizaje y de las acciones que más tienen que ver con la formación humana y ética de nuestros alumnos?

En mi opinión, tenemos obligación moral de ejercer la **autoridad bien entendida** en tanto que educadores. Porque si no es así, mejor será no hablar de calidad. En otras palabras: o recuperamos el ejercicio adecuado de la autoridad en todos los agentes y estamentos de la comunidad educativa: familia, escuela, profesorado, dirección de centros, personal no docente, y demás sectores, o haremos imposible, no ya una educación "de calidad" sino la más elemental educación.

A partir de estas afirmaciones, me propongo exponer mi idea sobre lo que una autoridad bien entendida, es decir, en términos educativos, puede y debe aportar al reto de una educación de calidad.

¿Ejercer la autoridad en la actual coyuntura?

Soy muy consciente de las reacciones de todo tipo que suscita la palabra autoridad, hoy día negativas en general. ¿Por qué? ¿Por qué hoy "nadie" apoya a los profesores que la ejercen? ¿No será también que, como agudamente apunta Antonio Jaurrieta en el Editorial del

nº 5 de IDEA ESCOLAR, la palabra y concepto de **autoridad** es una de esas "palabras nobles" que se están "desnaturalizando" hasta el punto de no saber a qué nos estamos refiriendo cuando la empleamos? ¿Y que, al haberse "desnaturalizado" su significado, suena en los oídos de casi todos como "autoritarismo" o "dictadura", y los mismos profesores o padres de familia tienen miedo a ser tildados de "fachas"?...

A. Polaino y P. Carreño, en su libro *Familia: locura y sensatez* (Editorial AC, Madrid, 1992), nos hablan sobre "El miedo a la autoridad" por parte de los padres y madres de familia, y señalan algunas causas de ese miedo: está mal vista socialmente; hay crisis de autoridad y no quieren ir contra corriente; tienen miedo a sus hijos (a sus alumnos algunos profesores, añado yo); no quieren tener problemas con sus hijos (con sus alumnos) y prefieren ceder una y otra vez con tal de que "les dejen en paz"; se tienen miedo a sí mismos y a lo que han de exigir para llegar a ser los padres (los profesores, los directivos, etc.) que quieren, deben y pueden ser. Esta es la razón más escondida y silenciosa y quizá, también, la más traicionera, según los autores mencionados.

La autoridad educativa

A mi modo de ver, la educación es una tarea conjunta, cooperativa, entre educador y educando. Una tarea que corresponde prioritariamente al que se educa: es su "autotarea", la del alumno en nuestro caso, ayudado por el profesor en aquello que necesite. La intervención del educador, del profesor, es una "intervención coadyuvante". En ella, es un aspecto central el saber ejercer la autoridad de forma educativa, siendo y actuando de tal modo que se logre la "libre adhesión" del alumno a la oferta educativa. Todo ello como fruto de unas convicciones y unas actitudes positivas que, por supuesto, se basan en la "exigencia" del educador a sí mismo.

Paso a ofrecer al lector los que considero perfiles de los que se derivan directamente la autoridad o la ausencia de autoridad, aunque sólo en la medida en que puedan generalizarse. Sabemos bien que cada uno es cada uno y tiene su personalidad y su estilo -tanto los profesores como los alumnos, de ambos sexos- y que los contextos circunstanciales son también únicos. Pero supongamos que se dan -y se dan- estos dos perfiles.

Un perfil positivo

El de un profesor o profesora que no tienen problemas de orden y disciplina en sus clases. O el de un padre o una madre de familia que no los tienen en casa, salvo en raras ocasiones. O el de un directivo en sus relaciones con el profesorado, en quien se encuentra apoyo y solución a casi todos los problemas inevitables en la dinámica de un centro escolar.

¿Será porque tienen prestigio -y por tanto autoridad moral- como personas congruentes, justas, puntuales en el trabajo, que depositan fe en las potencialidades de sus alumnas y alumnos, o en sus hijas e hijos, o en sus colaboradores, y por eso ellos les responden con la misma moneda, se fían de él o de ella, y como resultado obtienen mucho con ellos?.

Esos profesores -me centro en mis colegas- saben los nombres de todos sus alumnos: los conocen. Mantienen el orden, las buenas formas, y pasan por alto lo que no son más que chiquilladas, propias de la inmadurez social de niños o adolescentes. Si cometen un error, no temen rectificarlo de inmediato, ante la clase, y ganan muchos "puntos". Conversan abiertamente con sus alumnos, con calor humano, cuando tienen alguna dificultad del tipo que sea, en horas de tutorías, exigiéndoles lo que pueden y deben dar de sí, porque lo contrario supondría una falta de respeto a sus posibilidades. Su modo de comportarse refleja solidez, convicción, interés genuino por los estudiantes, a la vez que responsabilidad en su quehacer profesional. Y no tienen complejos para cortar con energía cualquier desmán insolente de quien se cree el amo y señor de la situación, en perjuicio evidente del resto de la clase y, si es necesario, convoca de inmediato al padre o madre del "anarco" para investigar cuál es la causa de ese comportamiento insolidario por parte del hijo-alumno.

Son rasgos que acreditan la verdadera **autoridad educativa** de esos profesores, siempre potenciadora, nunca represiva, que sabe dar alas a la iniciativa y a la creatividad de los alumnos, con sentido del humor y estando "al loro" de la realidad social, lo que les hace llegar a ellos y ser sinceramente apreciados. Los hay. Conozco a muchos que son así, y que por eso no tienen problemas en el aula ni fuera del aula. Quiero pensar que, a pesar de lo que se oye o se lee en la prensa, son la mayoría.

Un perfil negativo

Supongamos otro perfil. El de un padre o una madre, una profesora o profesor, o una directora o director de centro que, en el fondo, "no quieren problemas" a pesar de que los tienen, y en abundancia.

Para no tener problemas caben múltiples estrategias. Una, elemental, consiste en ignorarlos. Otra, de peor talante, decir que "es su problema", es decir, el problema de otro, no el mío: que cada palo aguante su vela y que no me vengan con monsergas. Y una más: atribuir la causa de los problemas a factores externos, porque la causa de los problemas es siempre otro, o los otros, los demás, o las consabidas circunstancias: yo ya hago lo que puedo y basta.

Y por último, la componenda, la complicidad, el ponernos de acuerdo "entre nosotros", profesor y alumnos: "No me exijáis y tampoco os exigiré". Todo un lema de actuación. Y a tolerar todo, hasta lo objetivamente intolerable, en un exceso de tolerancia que se llama permisividad. Todo vale. Y así les va. Porque cuando "todo vale", todo acaba por ser indiferente, y "nada vale" y "pasamos" de ello cómodamente.

Esos profesores, o padres y madres, carecen de autoridad y no se atreverán nunca a ejercerla, no vaya a ser que alumnos, hijas o hijos les respondan con toda lógica: ¿a qué viene pedimos que mejoremos en esto o aquello, si siempre dices que todo va bien y no hay problemas; si hemos quedado en que todo es bueno y toda vale lo mismo; si ahora nos exiges lo que tú no haces ni por casualidad? ¿Estudiar, examinarme, quedarme en casa trabajando, cuando tengo derecho a disfrutar de la vida, de mis amigos y amigas, porque soy libre y puede hacer lo que me apetezca cuando me apetezca y con quien me apetezca?... (y así "ad infinitum").

Conclusión

Conseguir autoridad es más difícil que poseer el mando, la potestad que se sigue de un título otorgado por la entidad competente: ese mando que es parte de la autoridad, no lo olvidemos. Pero la **genuina autoridad**, la que necesita un directivo, un inspector, un profesor, un orientador, un padre, una madre, un bedel o un conserje en su trato con los estudiantes - que todos son **comunidad educativa**- ésa hay que conquistarla, no se nos confiere por un título oficial. Sencillamente, porque es bien sabido que consiste en la valía, el saber, **socialmente reconocidos**. El profesor, o quien sea, la consigue cuando lucha por comportarse coherentemente: es decir, cuando, por ser y actuar así, es aceptado de verdad por sus alumnos o hijos, que depositan su fe en él o en ella, su crédito, su confianza.

(1) Vocal del Consejo Escolar de Navarra. Profesor Honorario del Departamento de Educación. Universidad de Navarra.